

Con la mirada fija en las turbulencias que el agua dibuja en el parabrisas, Fermín recuerda el día en que su padre le aconsejó venirse a la ciudad. El campo no da lo suficiente para los tres hermanos, dijo. Tú eres el más despierto, te ganarás bien la vida en la ciudad.

Su padre vendió uno de sus campos para comprarle la licencia de taxi y ahí está: a bordo de su Sköda Octavia, esperando algún cliente, absorto en sus pensamientos.

—A la estación Delicias, rápido —brama un hombre, dando un portazo.

Fermín, apenas recuperado del susto, gira la llave de contacto con mano insegura. Lo mira por el retrovisor: parece un hombre de negocios, con su corbata, su cartera y su impermeable chorreante que le va a empapar el asiento. Sale atolondrado y una larga pitada le hace frenar con brusquedad.



—¡Ten cuidado, gilipollas! —le grita un conductor desde otro coche.

Fermín arranca de nuevo, justo cuando un peatón que está cruzando por delante da un fuerte manotazo en el capó, para evitar ser arrollado. El taxista se detiene de nuevo y el peatón se sube a la acera sin dejar de gritar. Fermín lo mira, aturdido, preguntándose de dónde ha salido.

—Joder, vaya taxista —dice el cliente—. De dónde habrá salido.

Fermín no contesta. Aunque lleva ya veinte años en la ciudad, hoy se siente como si acabase de venir del pueblo.

—Venga, arranque de una vez, que voy a perder el tren.

Fermín se vuelve para intentar disculparse, pero no consigue mover los labios. El cliente se da cuenta:

—¿Le pasa algo?

* Versión moderna del cuento "La tristeza", de Antón Chéjov.

Fermín lo intenta de nuevo y consigue balbucear:

—Discúlpeme, señor... es que... mi hijo murió la semana pasada.

—¿Sí? Vaya... Y ¿de qué murió?

Animado por la pregunta, se vuelve hacia el cliente.

—Un cáncer extraño, fue muy rápido.

Otra pitada le hace dar un volantazo para volver al carril del que se había salido.

—¡Cuidado! ¡Joder, a ver si se fija, casi nos la pegamos! Y dese prisa. A este paso, no voy a llegar nunca.

Fermín acelera y se vuelve a hurtadillas intentando reanudar la conversación, pero el hombre ha abierto su cartera de mano y está revisando unos papeles.

Llegan a la estación a tiempo y Fermín decide quedarse en la parada. Permanece inmóvil, pensando en la vida de esos hombres siempre malhumorados y con prisa. Tras una hora de espera, se decide a salir de allí. Mientras vagabundeaba por las calles, un grupo de tres muchachos le hace una señal.

—A la discoteca Supernova, abuelo —grita el más alto, que se sienta delante.

Llevan trajes baratos, con camisa blanca y corbatas de colores chillones mal anudadas. Fermín deduce que van a alguna fiesta universitaria.

—Joder, qué resaca llevo —dice el que se sienta detrás de Fermín, un chico



cetrino y achaparrado.

—No aguantas nada, chaval —le reprocha el pelirrojo sentado a su lado—. Eres un mierda. Yo ayer me bebería un par de botellas de tequila y estoy tan fresco.

—Nunca he bebido tequila —interviene Fermín, con timidez.

—¿No? Joder, abuelo, vosotros ¿qué bebíais? —pregunta el rechoncho.

—¡Ponche! Seguro que bebían ponche Caballero —dice el pelirrojo y todos ríen.

—¡Qué buen humor tenéis! Yo tenía un hijo como vosotros. Murió la semana pasada.

—Hostia, abuelo, no nos jodas la noche.

—Todos tenemos que morir —suelta el larguirucho de delante.

Fermín se vuelve para decirles cómo murió su hijo, pero los chicos siguen con sus bromas y fanfarronadas. Cuando llegan a la discoteca, para el taxi en la puerta, ellos pagan sin dejar propina y salen gritando. Fermín se queda allí, esperando que tal vez algún cliente de la discoteca pueda alquilarlo.

El portero del local se acerca. La entrada está tranquila, todavía es pronto, y Fermín piensa que quizá quiera charlar. Baja la ventanilla, esperando tener una conversación de circunstancias en la que pueda intercalar la pérdida de su hijo.

—Tienes que quitar el coche de aquí, no te quedes parado.

—Ya, sí... es que mi hijo...

—Venga, quítalo de una puta vez, coño.

Fermín arranca y sale despacio. Después de deambular durante veinte minutos por la ciudad, decide retirarse. Dos carreras, unos treinta euros. No cubre gastos.

Deja el coche en el garaje y sube a la pensión. No tiene sueño y no le apetece recluírse en su habitación tan pronto. En el salón, otros huéspedes ven una serie de zombis en la tele. Zombis: muertos vivientes.

—Mi hijo murió hace una semana —suelta.

Solo uno de ellos se vuelve a mirarlo.

—Ya, ya... —dice, moviendo la cabeza, y se vuelve hacia la tele.

La serie no le interesa. Se va a la cama sin cenar. Boca arriba, en el camastro, el sueño no llega. Vuelve a vestirse y baja al garaje. El coche está aún mojado y se pone a secarlo. Mientras lo acaricia con la gamuza, susurra:

—Mi pequeña Octavia...

Se esmera en dejar los cristales bien limpios y transparentes. Se sienta dentro y se queda mirando a través del parabrisas.

—Ha sido un día de mierda. Solo soy un patán de pueblo, viejo y estúpido. Siempre tuve la esperanza de que tú, Octavia, fueras para mi hijo. Él sí conducía bien, era ágil, despierto, simpático, amable... un perfecto taxista. Pero ha muerto, ya lo sabes. Sabes cómo me siento, solo tú me aguantas doce horas diarias.



La luz del sistema antirrobo parpadea cada dos segundos. Ese latido le basta a Fermín para sentir que Octavia está ahí, escuchando.